

Socialismo y Tecnología

Claudio Katz

Se postula que el socialismo es el sistema más capacitado para desenvolver el cambio tecnológico. Deduce esta conclusión de la decreciente gravitación del mercado en la alocaión de recursos en la economía contemporánea. Contrapone la planificación democrática con el totalitarismo burocrático que rigió en los "ex-países socialistas", atribuyendo a esta gestión el fracaso de estos regímenes. Polemizando con los neoclásicos, sostiene que la planificación organiza la innovación sin desalentarla, y libera a sus ejecutores de la tiranía del mercado. Discute el significado de las categorías escasez y abundancia, para demostrar la posibilidad de reorientar el cambio tecnológico hacia su aprovechamiento social. Destaca la incidencia de las nuevas tecnologías en el incremento actual de la pobreza y la desocupación, destacando la conveniencia de reducir la jornada de trabajo.

Plantea que el desarrollo tecnológico, en base a la competencia es contradictorio con la "globalización", subrayando que únicamente el socialismo es compatible con la internacionalización de la economía. Concluye detallando cómo se integra la innovación, a las premisas políticas de un autogobierno de los trabajadores, y puntualiza la factibilidad de este proyecto.

SOCIALISMO Y TECNOLOGIA .

Cual es el sistema social más capacitado para aprovechar los beneficios del cambio tecnológico ? Cual es el modo de producción que optimiza los rendimientos de las innovaciones, reduce sus efectos negativos, y contribuye al bienestar general ?. En oposición a los neoclásicos, keynesianos, evolucionistas, o regulacionistas, la respuesta de los marxistas es el socialismo. Ninguna variante de capitalismo -organizado, desregulado, estatista, privatista- permite el desenvolvimiento racional del proceso innovador, que facilita la planificación democrática y socialista.

Las tendencias al socialismo están presentes en todos los rasgos de la economía moderna. No es un "modelo" diseñado por utopistas románticos. La propia acumulación reduce el papel de la competencia y del mercado en la alocaión de los recursos. El propio capitalismo monopoliza la actividad industrial y centraliza la dirección de la economía. Las propias corporaciones ordenan su producción interna, en oposición a la incertidumbre que gobierna fuera de las empresas.

La tendencia al socialismo es particularmente perceptible en la crisis, cuándo las compañías y los bancos quebrados son rescatados por medio de la estatización. En esas circunstancias, se vulneran todos los principios de la economía de mercado, y el conjunto de la sociedad financia la reconstitución de los capitales disueltos por la depresión.

El cambio tecnológico es un componente activo de cada episodio de esta crisis. Por eso se desarrolla en tensión con el capital, y se adecúa a la gestión planificada. La socialización creciente del trabajo influye más directamente, en la ciencia y la tecnología que en cualquier otro campo. Las innovaciones intentan ser programadas con gran cuidado, en los organismos estatales y en las gerencias de las corporaciones. Incluso a escala internacional se ensayan formas de compatibilización inter-estatal del cambio tecnológico. Pero la

competencia, y la ley del valor frustran este desarrollo que permitiría el socialismo, emancipando a la innovación del beneficio.

Mandel demuestra porqué la planificación surge de la gravitación decreciente del mercado. El sistema de precios regulado por la oferta y la demanda no rigió siempre, ni subsistirá eternamente. Alcanzó su mayor desenvolvimiento en el siglo pasado bajo la libre competencia, y a partir de allí, la alocación mercantil directa ha disminuido ininterrumpidamente. Carnotta se equivoca al diagnosticar la mercantilización de la organización interna de las corporaciones. El uso de las denominaciones mercantiles, no implica que la gerencias sometan el funcionamiento de las plantas al vaiven de la oferta y la demanda. Al contrario, el sistema de órdenes "ex ante" aumenta con la monopolización, la internacionalización, y la intervención estatal creciente en el proceso productivo.

Estos rasgos también facilitan la estabilización de patrones de consumo, relativamente independientes de la fluctuación de los precios. La planificación es consistente con estas manifestaciones de socialización de la producción y el consumo, que el mercado obstruye a través de la competencia, y que el capitalismo contradice en la búsqueda anárquica de ganancias. El cambio tecnológico es congruente con la planificación, porque es tan característico de la economía contemporánea, como esta forma de gestión.

La planificación es una modalidad de autoadministración creciente de la población, que permitiría modificar radicalmente las prioridades de las innovaciones, y sus efectos indeseables. Todas las características que derivan de la búsqueda del mayor beneficio, como la innecesaria variedad de modelos, la saturación periódica de los productos o su obsolescencia prematura, pueden ser drásticamente reducidas. Por esta vía es posible aprovechar los esfuerzos de científicos, investigadores, y trabajadores, que el capitalismo desperdicia, infrautilizando la capacidad industrial. La planificación permitiría asignar los recursos de la innovación a nuevos objetivos, que en lugar de servir a la rentabilidad, apuntarían a la optimización de la producción, el consumo, y el bienestar colectivo.

En la programación de las nuevas tecnologías, es posible reemplazar el tanteo mercantil de señales que carecen de fiabilidad, por una orientación racional de las decisiones. Planificar implica liberar a los productores de la ignorancia de su propia labor, y de la ceguera que exige dirimir a posteriori, si el esfuerzo laboral realizado ha derrochado o economizado los valores que establece la competencia. Los capitalistas que ignoran la futura conducta de los usuarios, la duración de las inversiones, o la disponibilidad y el costo del crédito, no administran mejor la economía, que los planificadores elegidos democráticamente por la población.

La planificación permitiría utilizar el potencial de ordenamiento económico, que facilitan las computadoras y las redes. En el capitalismo los ordenadores permiten a lo sumo, proyecciones potenciales de la demanda, pero no sirven para anticipar cómo, cuándo, y dónde, irrumpirán los excedentes incolocables. En cambio, en una economía planificada servirían de infraestructura técnica a la formulación, modificación, y control popular de las metas fijadas para la producción y el consumo.

El socialismo es el campo natural de acción de las nuevas tecnologías de la información, porque funcionan a base a un bien -la información- que necesariamente vulnera el reinado de la propiedad privada. El desarrollo de la computación y las redes induce a la circulación inmediata de la información, sin ningún respeto por las patentes y el "copyright". Por eso, el capital necesita recurrir a la sofisticada ingeniería de la codificación, para evitar la universalización cada vez más instantánea de la información. En los debates teóricos de la

"economía de la información" se discute la tendencia a la gratuidad de la mercancía información, como un rasgo asociado a la naturaleza específica de un bien inmaterial, que no se destruye al ser consumido, y que resulta inconmensurable en unidades corrientes. Pero si los costos de reproducción de la información tienden a cero, su mercantilización se ha vuelto artificial y empobrecedora de las cualidades, que ofrece su aprovechamiento en una sociedad socialista.

"SOCIALISMOS REALMENTE INEXISTENTES".

El principal argumento que se esgrime contra la planificación es el colapso de los ex "países socialistas". Esta conclusión se apoya en una falsa identificación del socialismo con el totalitarismo burocrático. En otros textos hemos explicado, porqué el stalinismo fue el gobierno de una casta privilegiada usurpadora del poder, cuya gestión económica fue la antítesis de la planificación. Las contradicciones de su administración condujeron, particularmente en la última década, a una implosión general del régimen.

La burocracia transformó al plan, en un sistema de metas incumplibles y órdenes sin sentido. La exigencia de objetivos hiper-detallados coexistió con el total descontrol de los resultados. Esta gestión imponía simultáneamente el desinterés de los productores y la insatisfacción de los consumidores, deteriorando la productividad, y generalizando el desabastecimiento. La burocracia empujó a los trabajadores a la indiferencia frente a su actividad, y obligó a los compradores a soportar el malestar estructural de la sub-producción.

En ausencia de propiedad privada de los medios de producción y mercados generalizados de fuerza de trabajo, la administración totalitaria apuntó, al desarrollo de formas sustitutivas de acumulación. Como ley del valor operaba, pero no predominaba se promovió la acumulación primitiva por medio del mercado negro, y se gestaron paulatinamente fortunas privadas a través del desabastecimiento, y la feudalización del poder político. Afirmar que la "planificación ha fracasado" porque se desmoronó el "bloque socialista" es complementemente incorrecto. El plan era una ficción que encubría la dominación de una casta antisocialista, interesada en reconvertirse en clase dominante.

La planificación quedó estructuralmente invalidada con la desaparición de la democracia soviética, porque es un tipo de gestión que exige la deliberación y la consulta popular. Sin organizaciones populares que expresen la voluntad de los trabajadores, no hay forma de contrastar las metas de un plan con las aspiraciones de sus destinatarios. Mientras que la economía de mercado se desenvuelve objetivamente por medio de la acción ciega de productores privados, la planificación no tiene más regulador que las iniciativas concientes de los individuos.

Si estas decisiones se adoptan en forma totalitaria, desaparece toda previsibilidad. Lo ocurrido en los "ex países socialistas" demuestra que la ausencia de controles democráticos conduce al reino de la oscuridad, a la ausencia de contabilidades, a la ignorancia de los costos, y finalmente a la adulteración de las estadísticas.

Sin democracia, la administración planificada es menos transparente que el mercado. Un plan que sustituye criterios de rentabilidad por normas de utilización social prioritaria de los recursos, no puede desenvolverse en forma inconsulta. Requiere la autoadministración democrática de los trabajadores, y la elección popular de las autoridades.

Uno de los resabios más nefastos de la experiencia stalinista es la idea que la planificación exige la "abolición" del mercado. Esta afirmación, ahora retomada por los cuestionadores del socialismo, es insostenible. Durante un largo período de transición, la gestión mercantil debe persistir (e incluso extenderse) en los sectores de la producción, que detentan un

reducido grado de socialización del trabajo. El mercado debe perdurar, dónde la asignación directa de los recursos es todavía inoperante. Los sistemas de precios, y las divisas estables son por eso requisitos de la planificación, aunque rijan en forma muy dispar en cada economía nacional.

El mercado subsistirá en tanto la escasez impida la satisfacción de las necesidades de los individuos, obligue a trabajar a cambio de un salario, e imponga una demanda de bienes, insuficiente en calidad y cantidad. La superación del mercado es un proceso histórico, que depende de la planificación socialista para desenvolverse pero que está regulado por el crecimiento de las fuerzas productivas. Este principio -formulado por Trotsky hace varias décadas- conserva toda su vigencia.

La planificación es un sistema de autorregulación conciente de la economía, que necesita el complemento verificador del mercado. Preobrazhenski describió esta combinación para la economía soviética en los años 30. El plan requiere de la función corroboradora "ex post" del mercado, para evaluar la eficiencia general de la economía y del proceso de "acumulación socialista". Esta aplicación de mecanismos mercantiles, no se identifica con ningún "socialismo de mercado". Utilizar el mercado para sancionar la racionalidad de los proyectos elaborados y la conveniencia de las prioridades propuestas, no tiene nada que ver con la ampliación indiscriminada de las relaciones mercantiles. Son dos aplicaciones diametralmente opuestas del mercado. Mientras que la primera acepta la coexistencia transitoria del mercado y el plan con la finalidad estratégica de reducir paulatinamente las formas mercantiles, la otra conduce a la restauración del gobierno pleno de la ley del valor. Este último fue el sentido de las "reformas" que precedieron el actual restauracionismo en los "ex países socialistas". Se establecieron mediciones de "rentabilidad" en las empresas, se sustituyeron las "primas" cuantitativas de los directores por formas anticipatorias de la ganancia, y se otorgó "autonomía financiera" a las compañías, como un paso hacia su privatización. En estos casos la simulación del capitalismo fue un eslabón hacia su progresivo reestablecimiento.

Es falso que el socialismo terminará confluyendo con el mercado, en un modo de producción histórico común, como creyeron los promotores de la "Perestroika" . El socialismo es un régimen que se afianza a través de la extinción del mercado. El gobierno de "productores libremente asociados" implica la autoregulación conciente de la economía por parte de los trabajadores, en un proceso que eliminará por progresivamente la acción de la ley del valor. Rosdolsky fundamentó este principio, en su polémica con Lange.

En comparación con el capitalismo, el socialismo presupone un salto cualitativo en el nivel de bienestar de la población. "Un socialismo de la escasez" es tan absurdo, como la creencia que la ex URSS atravesaba la "primera etapa del comunismo". Ni la planificación se identifica con la administración burocrática, ni los regímenes del Este eran asimilables al socialismo. Estos sistemas jamás alcanzaron el desarrollo de las fuerzas productivas, o el nivel de vida esperable en el socialismo.

La ausencia de democracia frustró la evolución del otro indicador de la gestación del socialismo, que es la progresiva extinción del estado. El aparato coercitivo y administrativo, que en el capitalismo asegura la dominación política de la clase propietaria debe comenzar a diluirse, cuando la mayoría de la sociedad recupera el manejo directo de los asuntos públicos.

Un gobierno socialista presupone, elegibilidad y revocabilidad de funcionarios e igualitarismo creciente, es decir una disolución progresiva de los aparatos autónomos, elitistas, y desligados del control popular, que caracterizan al estado. No hay planificación,

ni socialismo posible si una burocracia usurpa el poder y edifica mecanismos de opresión estatal. El "socialismo de cuartel" es tan inconcebible, como el "socialismo de la pobreza". Clarificar estos principios es el punto de partida de cualquier discusión sobre el cambio tecnológico en la planificación y el mercado.

"DESALIENTO DE LA INNOVACION", "OPRESION DEL PRODUCTOR".

Dos viejas acusaciones neoclásicas contra la planificación -desalentar la innovación y oprimir al productor- han sido reactualizadas en los últimos años. Pellicani formula ambas objeciones. En ausencia del "ordenador natural" del mercado, la economía se "autodestruiría", y desaparecerían todos los incentivos al cambio tecnológico. Eliminando la "libertad de elegir", el "despotismo de la planificación" impondría además, el "camino hacia la servidumbre", tal como advirtió Von Mises en los años 40.

Estas afirmaciones neoliberales, simplemente ocultan que en la economía de mercado, el "atributo de la elección" está restringido a una pequeña minoría de capitalistas. Solo los propietarios de los medios de producción pueden decidir, que innovación se introduce y cual será descartada. Solo ellos resuelven que tecnología le convendría a toda la sociedad. Adoptan esta determinación siguiendo el parámetro particular del beneficio, cualquiera sea la eficacia técnica o el provecho social de los cambios tecnológicos. La masa de trabajadores asalariados, no elige nada. Le imponen exteriormente nuevas tecnologías, que deben aceptar para subsistir.

Las opciones que enfrenta el trabajador se reducen a la mayor explotación o el desempleo, la disminución del salario o la "flexibilización" de las condiciones laborales, la descalificación o la pérdida de control sobre el proceso de trabajo. La libertad de elección tecnológica bajo el capitalismo es tan inexistente, como la "soberanía del consumidor". Todos los argumentos neoliberales que presenta Kornai no alcanzan para desmentir, que el sistema que tiraniza los productores es el mercado, y no la planificación.

La contraposición neoclásica: plan=despotismo, mercado= libertad es insostenible en el plano de la tecnología. No solo porque el trabajador padece las consecuencias de la innovación sin ningún derecho de opinión, sino porque también es restringido el margen de elección, que tienen los capitalistas. Optan en forma compulsiva por las alternativas que impone la competencia, sin ningún cálculo certero de los efectos de su decisión. Lejos de seguir el "ordenamiento natural" que establecería el mercado, el cambio tecnológico bajo el capitalismo desemboca en la crisis, y por eso es irracional y "auto-destructivo". Solo la auto-administración democrática y planificada de la economía permitiría elegir, cuándo y cómo se innova, balancendo previamente los costos y los beneficios de las nuevas tecnologías. Únicamente el plan serviría para estimar, debatir, y resolver mayoritariamente, cuántas horas está dispuesta la comunidad a trabajar para alcanzar ciertos objetivos. Ponderaría cuánto esfuerzo debe invertirse para alcanzar cierto nivel de bienestar.

El argumento neoclásico que identifica la planificación con el desaliento de la innovación se sostiene en una imagen egoísta y perversa de la naturaleza humana. Solo bajo el látigo del mercado, y con la mira puesta en la ganancia personal, los individuos estarían motivados para mejorar las tecnologías existentes. Pero no hay ninguna razón para suponer que el incentivo pecuniario, sea una condición inexorable de la innovación. Al contrario, en la economía contemporánea la elevada socialización del trabajo generaliza la cooperación objetiva informal entre los trabajadores, reforzando el incentivo no mercantil al cambio tecnológico. La innovación basada en la curiosidad científica, y la propensión a perfeccionar la forma de trabajo tiene innumerables manifestaciones recientes.

Hemos ilustrado este fenómeno -en nuestra investigación sobre las nuevas tecnologías de la información- en el origen y desarrollo actual de la computación, en la conducta de los "hackers", y en las contradicciones que enfrenta Internet.

Al constituir el modo de producción dominante, el capitalismo somete todas estas tendencias de la producción y el consumo, a sus leyes pecuniarias. Así transforma la invención en innovación, y exige rentabilidad a cualquier tecnología útil. Pero la misma existencia de esta conversión, demuestra que no hay nada "natural" en la subordinación del cambio tecnológico a los patrones del beneficio. Una gestión planificada, democrática y socialista reorientaría los genuinos impulsos de la invención, hacia las metas del bienestar colectivo desvinculándolas del lucro privado.

Los ejemplos que se toman últimamente de la ex URSS, para demostrar la tesis neoclásica del "desaliento de la innovación y la tiranía del productor", identifican a este régimen con la planificación. Esta confusión invalida todos los argumentos. Si se distingue, en cambio, entre la gestión burocrática y democrática puede notarse que los frenos al cambio tecnológico no provinieron de la subordinación del mercado al plan, sino del totalitarismo. La sola conversión de un país atrasado y devastado por el aislamiento y la guerra, en una nación creadora de tecnología de punta en varias ramas de la industria, bastaría para desmentir la idea que sin mercado no hay cambio tecnológico. Si una economía centralmente planificada- incluso burocratizada- anula la innovación: ¿Cómo se explica que en un sistema de ese tipo existiera a mediados de los años 80, más de millón y medio de investigadores? La ex URSS concentró además, un cuarto de los diplomados científicos, y la mitad de los ingenieros del mundo.

Estas estadísticas generales son naturalmente incompletas. No ilustran la calificación real de este personal, la calidad de sus trabajos, ni la racionalidad de los recursos invertidos en su formación. Pero desmienten en primera instancia, la idea que el mercado es la condición de todo avance científico. En la actualidad, una gran parte de los profesionales educados bajo el "colectivismo anti-económico" son requeridos internacionalmente, en rubros tan exigentes como matemática, física, química, microbiología. ¿Cómo pudo desenvolverse la energía atómica, la conquista del espacio o las ciencias básicas, si la innovación depende exclusivamente de motivaciones comerciales?

Diversos estudiosos revelan, que no fue la ausencia de invenciones la causa del estancamiento tecnológico reciente de la ex URSS, sino el bloqueo institucionalizado a la aplicación práctica de invenciones ya completadas y perfeccionadas. El abismo existente entre los logros de la investigación básica y el fracaso de su asimilación productiva fue siempre el rasgo dominante. Aganbeguian por ejemplo, describe los numerosos descubrimientos que debieron instrumentarse en otras naciones, como las patentes de procesos de producción de acero, aplicadas masivamente en Japón. Los aviones de transporte baratos, los helicópteros, las líneas de transmisión eléctrica, las turbinas hidráulicas son otros ejemplos de innovaciones sub-utilizadas internamente.

El recuento de invenciones surgidas sin la presencia del mercado, pero escasamente aprovechadas productivamente sería interminable. Los robots soviéticos por ejemplo, fueron alardes de alta tecnología de uso mediocre, costo exorbitante, y aplicación fabril nula. El estudio de Bastida y Virgili concluye, que los inconvenientes de la ciencia y la tecnología en la ex-URSS estuvieron siempre concentrados en la "fase final de instrumentación económica".

Pero si el obstáculo aparece en esta etapa, ya es falsa la presunción de que sin mercado no hay incentivos al cambio tecnológico. Por el contrario, esta ausencia permite que afloren

otras motivaciones más genuinas y naturales del progreso técnico. No ha sido la planificación la causa del bloqueo al uso productivo de las invenciones, sino la gestión de una burocracia, que usufructuó del aparato estatal para asegurarse privilegios. Esta dominación dislocó el proceso de innovación, y neutralizó el desenvolvimiento extensivo, logrado con la emancipación de la tecnología del beneficio.

Un vistazo del estado de la informática en la ex URSS demuestra que su situación, no era en absoluto comparable con la existente en cualquier economía tercermundista. Con mercado y relaciones capitalistas, la inmensa mayoría de las naciones del mundo ni siquiera ha podido iniciar algún desenvolvimiento informático propio. Es una actividad excluyente de contadas potencias.

Pero en 1986, en la ex URSS existían computadores de tercera generación, con un retraso de 10-15 años en relación a los líderes mundiales de alta tecnología. Según describe Loge la informática soviética desarrolló en forma autónoma, computadores de generaciones muy inferiores a Occidente, pero capaces de sostener los avances de la aeronáutica y la investigación espacial. Estas actividades requieren altísimas capacidades de cálculo.

La computación es un instrumento de excepcional utilidad para diseñar y controlar un plan. Pero se convierte en una herramienta inservible en un régimen burocrático. Sin democracia ni libertades, la informática está condenada en una economía no mercantil. El factor de mayor importancia en el retraso de los ordenadores soviéticos fue la existencia de una dictadura, que impidió la generalización del conocimiento. Un régimen que supervisa el uso de las fotocopadoras, prohíbe la tenencia personal de PCs, numera y controla cada computadora en funcionamiento, ilegaliza la comunicación espontánea entre operadores, y desaprueba la incorporación libre de ordenadores en los colegios termina provocando el estancamiento de las nuevas tecnologías de la información.

La burocracia ahogó el trabajo de los propios investigadores, que formalmente eran beneficiarios de tratos preferenciales. La falta de libertades en este ámbito se tradujo en trabas, e ineficiencias mortíferas para el progreso tecnológico. El informe de una revista especializada en 1988 es categórico: en el mundo académico se vivía un clima de opresión insoportable, los institutos estaban dirigidos por castas de funcionarios con poderes absolutos, trataban a los científicos como infantes, prohibían toda actividad fuera de su control, impedían que en las librerías circulara el material indispensable. Las revistas extranjeras estaban censuradas, todas las investigaciones eran custodiadas por el partido local, a los científicos se les imponía el secreto de su trabajo y la restricción de toda comunicación independiente. Pero además, esta opresión derivó en un falseamiento estructural de las informaciones, que anuló la fuente de alimentación de las computadoras, e imposibilitó su funcionamiento provechoso. La informática padeció por lo tanto, los mismos obstáculos que apabullaron al conjunto de la ciencia y la tecnología: falta de aplicación industrial, barreras infranqueables entre el laboratorio y la fábrica, mala calidad, fallas en el uso cotidiano, y subempleo de las máquinas existentes.

Pero porque este desenvolvimiento científico-tecnológico existió efectivamente, la restauración del capitalismo exige actualmente una depredación organizada de los logros alcanzados. Fuga de cerebros, aniquilación de la "masa crítica" de científicos, desmantelamiento de los institutos, pauperización absoluta de los académicos, remate de las innovaciones al mejor postor. El cuadro de vandalismo que predomina hoy en día en la ex URSS refuta adicionalmente, toda identificación entre mercado e innovación. Al contrario, el capitalismo se erige sobre las cenizas del desenvolvimiento científico. En la restauración

capitalista no hay "empresarios schumpeterianos", sino maffiosos, especuladores, y corruptos.

EFICIENCIA, ESCASEZ, E INNOVACION.

Keynesianos, regulacionistas, y también "socialistas de mercado" aceptan los argumentos neoclásicos contra la planificación. Se distinguen de los marginalistas, en las conclusiones de estos fundamentos, ya que no plantean la inutilidad total del plan, ni propugnan el reinado absoluto del mercado. Postulan en cambio, formas de "capitalismo regulado", inversas a las propuestas por los marxistas. En lugar de instrumentos mercantiles subordinados al plan, deberían regir algunos mecanismos de planificación sometidos a la pauta global del mercado.

Nove convoca a "no ignorar las leyes universales de la economía", regidas por el principio de la escasez y el "costo de oportunidad". Edificar modelos de socialismo, a partir de la noción de abundancia sería el gran defecto de la teoría marxista, ya que desconocería la inevitable supremacía de los principios del mercado. Nove expone las implicancias de esta tesis neoclásica atenuada para el cambio tecnológico. Sostiene que la planificación es incapaz de regular los millones de precios, que caracterizan a la economía moderna, y por ello es necesariamente ineficiente. Anularía los mecanismos de información y los índices de utilidad y preferencia, que brinda el mercado.

La planificación sofocaría la innovación al generar burocracias orgánicamente conservadoras, resistentes al cambio, y reacias al riesgo.

La contraposición que Nove toma de Hayek, entre la inoperancia del plan y la eficacia del mercado es totalmente falaz. En primer término, porque toma a la ex-URSS como el modelo de la gestión planificada, y en segundo lugar porque omite todos los fracasos del capitalismo en asignar racionalmente los recursos, tanto en las variantes neoliberales como en las reguladas. Mandel define muy bien el problema en discusión, cuándo rechaza situarlo cómo un contrapunto comparativo entre el ex "bloque socialista" y los países capitalistas avanzados. La cuestión es definir, cual es el tipo de gestión que mejor se adapta a las tendencias de la economía contemporánea, y cual es el más deseable, en términos de emancipación social y bienestar.

Desde este punto de vista, la declinación de la alocación mercantil no es una "imposición del comunismo", sino un efecto de la creciente interdependencia de la producción que genera la socialización del trabajo. La planificación se torna más imperiosa, a medida que aumenta el peso de la distribución "ex-ante" de los recursos, en el funcionamiento de los conglomerados y corporaciones. Este proceso reduce el número de precios que enfrenta la gestión económica. Y por ello es equivocado suponer, que la planificación debería (y no podría) enfrentar las infinitas decisiones que adopta la oferta y la demanda.

En el capitalismo monopolizado y transnacionalizado se afianza una estructura estable de bienes intermedios, guiados por patrones técnicos corrientes. Los mercados no determinan millones de precios, ni orientan el comportamiento de una masa ilimitada de bienes. Esta realidad tomaron en cuenta hace varias décadas los economistas Lange, Taylor, y Lerner; cuando oponiéndose a Hayek y Von Mises demostraron en términos neoclásicos, la capacidad de una administración socialista para calcular racionalmente los precios, ajustarlos y reasignarlos por medio de aproximaciones sucesivas. Schumpeter además utilizó de este mismo principio, para probar la eficiencia del cambio tecnológico en una economía planificada.

El propio desarrollo capitalista tiene incorporado, las normas de la distribución anticipada de los recursos no solo al interior de la empresa, sino en un radio mayor de la producción,

la circulación, y el consumo. Pero esta modalidad de planificación es incompleta, al quedar subordinada a la ley del valor, y a la anarquía mercantil. Por eso la semi-regulación dependiente del mercado, lejos de eliminar la crisis, potencia la sobreproducción y el subconsumo. Tal como anticipó Engels, la creciente socialización de la producción contradice la propiedad privada de los medios de producción.

Graziano coincide con Nove al considerar que la supremacía de la coordinación mercantil, es un rasgo inevitable de economías complejas y avanzadas, y objeta a Mandel el escamoteo del principio de la escasez. Pero el economista marxista explica, que la obsesión neoclásica por la ausencia de abundancia, deriva del carácter ilimitado que le asignan a las necesidades. Omiten que se trata de un concepto relativo, y determinado por los hábitos corrientes. Un bien ya es abundante, cuando satura el consumo normal, porque es sobreproducido estructuralmente.

La planificación democrática y socialista es posible, porque este nivel relativo de abundancia ha sido alcanzado para la canasta de bienes básicos en las economías avanzadas. La subsistencia del mercado es imprescindible solo para fijar los precios de los bienes secundarios o de lujo. Reconocer que puede establecerse esta jerarquía de las necesidades sirve para entender, cuál es el radio de acción del plan y del mercado en una economía contemporánea. Al desconocer esta distinción, los neoclásicos proclaman la eternidad del indicador mercantil, como si las necesidades fueran indeterminadas, y los deseos inagotables. De la misma forma, que no existen millones de precios en la producción que obligen a una gestión mercantil, tampoco rigen preferencias indiscriminables. La socialización del trabajo estabiliza patrones de consumo, que no siguen la oscilación cotidiana de los precios, ni la "tiranía de los deseos".

Es falso por lo tanto, que el mercado deba perpetuarse junto a la escasez. Teniendo en cuenta el patrón de consumos corrientes para una vida plena; la abundancia ¿inconcebible en el pasado? es perfectamente alcanzable en la actualidad.

El mercado puede asignar consumos secundarios, pero no puede garantizar comida, vivienda, salud, y educación, a la inmensa mayoría de la población mundial. Estas metas requieren la planificación democrática.

La inevitable primacía del mercado, y la imposibilidad de la abundancia determinarían para los keynesianos y regulacionistas, el fracaso de la innovación en una economía planificada. Al igual que los neoclásicos, Nove toma la ex URSS como un ejemplo de inmovilismo tecnológico. Destaca como la existencia de un sistema supervisión detallada, genera filtros parasitarios e hipercentralizados, que anulan las iniciativas innovadoras. Pero no puede atribuirse el estancamiento tecnológico a la planificación, omitiendo que la economía soviética padeció la caricatura stalinista del plan. Esta deformación se manifestó particularmente en el campo de la innovación, donde se anunciaban objetivos arbitrarios, que luego nadie verificaba, y se presentaban como infalibles, metas que por definición son imperfectas y tentativas. El totalitarismo y no el plan, provocó el retraso en la asimilación de las nuevas tecnologías de la información, que muchos analistas consideran la causa inmediata del desplome de la ex URSS.

La innovación se estancó por la ausencia de transparencia, contabilidades genuinas, y precios conectados a los costos de producción. No pudo sobreponerse al derroche, al desprecio por la calidad, y el desabastecimiento crónico. Otro rasgo muy analizado de estas anomalías, como fue la concentración de recursos tecnológicos en el "complejo militar-industrial" también es atribuible a la burocracia y no al plan. La "Nomenklatura militar" fue la encarnación de todos los rasgos de la burocracia, cuyo poder dependió como en ningún

otro régimen, de la fortaleza del Estado . El progreso científico-técnico quedó por eso, tempramente sometido a un desarrollo desproporcionado del sector de bienes de capital ¿esencial para reforzar el poderío de la capa que domina el Estado? en desmedro de los bienes de consumo, vitales para mejorar el nivel de vida de la población. La desconsideración por las necesidades de los trabajadores fue justificada con diversas teorías sobre el "indispensable desarrollo del sector I en la primera fase del socialismo", que avalaban la monopolización de los recursos tecnológicos en emprendimientos gigantescos e innecesarios. En la burocracia y no la planificación, radica toda la responsabilidad de estas deformaciones.

POBREZA Y DESEMPLEO.

Si se reconoce que la abundancia relativa existe, y que las necesidades básicas pueden ser satisfechas, también puede entenderse como la planificación y la reorientación del cambio tecnológico, ayudarían a resolver el dramático incremento actual de la pobreza. El uso capitalista de las nuevas tecnologías mediante la flexibilidad laboral", y la consiguiente rotación entre trabajadores ocupados y desocupados, aumenta de la inseguridad de la existencia de los pauperizados "excluidos" del empleo, y de los trabajadores "incluidos" en la explotación. Ninguna garantía protege a "los que están", de los que "quedaron afuera".

El aumento de la pobreza no obedece a las "políticas neoliberales", sino al funcionamiento del capitalismo, que crea un polo de riqueza y otro de pobreza, generando sobreproducción y subconsumo. La "batalla por la competitividad" es la causa central del empobrecimiento reciente. En la última década, la aceleración del cambio tecnológico ha coexistido con el aumento de la desnutrición de un quinto de la población mundial, o la muerte por hambre en 1994 de varios millones de personas en Africa. Incluso dentro de Estados Unidos, conviven las maravillas del Silicon Valey con 35 millones de pobres absolutos. Hay más de un millón de presos en las cárceles, y la criminalidad ha llevado el promedio de vida en Harlem, por debajo de Bangla Desh.

La planificación es la única forma de empezar a resolver los problemas básicos de las tres cuartas partes de la población mundial. La ONU estima que 1.300 millones de personas viven hoy bajo el umbral de la pobreza, 800 millones sufren de malnutrición, y 900 millones no reciben ninguna educación. Es posible satisfacer las necesidades indispensables de la población, distribuyendo gratuitamente las mercancías excedentes, que no se venden siquiera a precios deflacionados. Se podría terminar por esta vía, con el "sobrante" de los alimentos requeridos por los 1.

000 millones de hambrientos, o con los "excedentes" de máquinas y materias primas, requeridas por las naciones semi-industrializadas.

El mercado era irremplazable en el siglo XIX, cuando la escasez restaba los recursos indispensables para el desarrollo social. Pero este impedimento ha desaparecido en la actualidad. Sin embargo, lo que facilitan las nuevas tecnologías es negado por las reglas de beneficio. Quienes más necesitan, menos reciben. La economía de mercado funciona divorciando el poder de compra de los demandantes de la masa creciente de bienes fabricados. Por eso los productos ausentes en un sector de la economía se acumulan en dónde nadie los solicita.

La planificación también reordenaría el uso de las nuevas tecnologías para enfrentar el catastrófico incremento del desempleo. Según la OIT, la desocupación de 800 millones de personas mantiene paralizado a un tercio de la fuerza laboral en el mundo. El empleo se ha ido desconectando del comportamiento tradicional del ciclo. El paro no aumenta solo en la depresión, sino también en las fases de recuperación. Las empresas despiden cuando bajan

las ganancias, pero también "racionalizan personal" cuando el beneficio mejora. En numerosas regiones industrializadas, el desempleo alcanza porcentajes semejantes a los prevalecientes durante la Gran Depresión. Desde que comenzó a extenderse a las mujeres y a los inmigrantes, a los servicios y a la industria, a los jóvenes y hombres maduros; la desocupación ha dejado de ser catalogada como "transitoria". Existe una llamativa uniformidad en este terreno, incluso entre los economistas que más destacan los contrastes entre distintos "modelos de capitalismo". Todos coinciden, en que el aumento del desempleo representará un flagelo generalizado, por un largo período. Pero omiten que este resultado, no es un efecto espontáneo de la economía, sino una necesidad del capital para recuperar la tasa de ganancia. Esta es la razón por la cual, la "tasa natural" de 3-4% de desempleo ha saltado en la última década al 7-10 %, en las economías avanzadas.

Diez años de experiencias "flexibilizadoras" han demostrado por otra parte, que no existe ninguna relación positiva y directa, entre la ocupación y la desregulación laboral. La flexibilización intensifica la explotación, sin asegurar que este beneficio patronal aliente una ampliación del empleo. La causa del paro hay que buscarla en la relaciones sociales, no en la acción ingobernable de las máquinas. El desempleo no es "tecnológico". Expresa una necesidad de valorización del capital, y de regulación de los salarios, que induce al incremento estratégico del ejército de reserva.

La desocupación tiende a consolidarse porque la producción y el consumo están aumentando a un ritmo muy bajo, en relación a los saltos registrados en la productividad. El capitalismo no puede absorber las innovaciones que se están procesando en el plano productivo. Esta incapacidad se traduce en un "sobrante" creciente de trabajadores, para la producción rentable con nuevas tecnologías.

Existen muchas medidas de emergencia para detener el incremento de la desocupación, como las leyes contra los despidos, los regímenes de seguros al parado, y los planes de obras públicas, pero solo una reorganización socialista de la economía podrá establecer el derecho al trabajo, asegurado por el estado. Únicamente la planificación puede frenar el descontrol financiero impuesta por la explosión especulativa reciente, que destruye sistemáticamente los puestos de trabajo. La reorganización socialista de la economía es indispensable, para que los agentes de bolsa cesen de festejar los despidos masivos, como si fueran buenas noticias.

JORNADA LABORAL Y CONTROL DEL PROCESO DE TRABAJO.

La planificación socialista permitiría contener el retroceso actual de las conquistas laborales, y viabilizaría una reducción de la jornada de trabajo. El capitalismo -basado en la ganancia y la explotación- impide que esta disminución se efectivice sin afectar el salario. Los capitalistas tienden a desconocer, que la reducción de la jornada de trabajo actúa como una tendencia espontánea de la transformación tecnológica, asociada al desgaste físico y mental. Persisten jornadas de 8, 10, o 12 horas cuando es evidente, que activar un ordenador, controlar un proceso continuo, manejar una máquina de control numérico, o analizar los códigos de una computadora, implican una condensación de esfuerzos muy superior, a cualquier actividad del maquinismo tradicional.

El capitalismo vulnera los límites fisiológicos y mentales de la fuerza de trabajo contemporánea. Existe una frondosa bibliografía, sobre la factibilidad de reducir la jornada de trabajo a 2 horas diarias. Otras variantes más cautelosas, demuestran la viabilidad de la semana de 25 horas. Pero el obstáculo es la competencia, y las leyes del beneficio.

La informatización no produciría ningún aumento del desempleo, si estuviera acompañada del acortamiento de la semana laboral. Al contrario, facilitaría la redistribución general de

las horas de trabajo entre los asalariados ocupados, y desempleados. Esta reestructuración es viable, con los nuevos patrones de fabricación y administración creados por las nuevas tecnologías. Pero obviamente cuestiona la organización de la producción en torno a la competencia. Es el principio capitalista de la "competitividad" nacional o internacional, lo que impide trabajar menos y disfrutar más. El socialismo es necesario para poner fin a una obligación laboral muy superior a la necesaria, que provoca innumerables frustraciones en el hombre contemporáneo.

Un verdadero "pánico informático" se ha creado últimamente para presentar al desempleo y a la "flexibilización" laboral, como derivados "inevitables" de la informatización. Se persigue por medio del temor incrementar el control patronal del proceso de trabajo, desconociendo que la informatización socialmente provechosa exige lo contrario: mayor dominio del operario sobre el producto que realiza. Las nuevas tecnologías implican creatividad en el trabajo, y por lo tanto un mayor esfuerzo, concentración, y compromiso subjetivo del trabajador con su actividad. La aplicación provechosa de las nuevas tecnologías resulta inconcebible si el empleo está amenazado, los salarios caen, y las condiciones de trabajo se degradan.

La reducción radical de la jornada laboral es una necesidad para el usufructo colectivo de la informatización. Es una meta común de todos los trabajadores, cuya conquista significaría transmitir a toda la sociedad nuevos principios de cooperación y solidaridad, en reemplazo de la "supervivencia del más apto", que rige bajo la tiranía del mercado.

INTERNACIONALIZACION.

Las nuevas tecnologías actúan como soporte material del salto cualitativo en la internacionalización de la economía, que se está desarrollando actualmente. La denominada "globalización" implica una aceleración de la movilidad geográfica del capital, una mayor integración de los flujos internacionales de fondos con los ahorros nacionales, y una preeminencia creciente de las empresas transnacionales en el comercio mundial. Supone además, una mayor subdivisión internacional del proceso de trabajo, y una localización más diversa de los centros de fabricación.

Pero esta internacionalización es contradictoria, con los principios de competencia que rigen al capitalismo. Al mismo tiempo que expanden su producción integrada a escala mundial, las corporaciones intensifican su rivalidad nacional por el dominio de los mercados. La "globalización" coexiste con el recrudecimiento de la batalla por la hegemonía internacional, que enfrenta a Estados Unidos, Europa, y Japón. Contra todas las fantasías desmilitarizadoras de la "pos-guerra fría", Estados Unidos no cesa de incrementar su presencia militar, para recuperar el terreno económico perdido en las últimas décadas. La "globalización" desenvuelve por lo tanto la internacionalización, potenciando contradictoriamente la competencia.

Pero mientras que el capitalismo se asienta en la rivalidad de las clases dominantes y sus estados, el socialismo solo puede desarrollarse y consumarse a escala internacional. El socialismo apunta a reemplazar la competencia destructiva por la cooperación entre los trabajadores del mundo. Este objetivo no solo es moralmente más ponderable que el egoísmo de la acumulación, sino que es económicamente congruente con el proceso objetivo de internacionalización.

Solamente la planificación socialista puede coronar el entrelazamiento económico mundial, que impide el mantenimiento de las fronteras nacionales y los bloques regionales. La creciente gravitación de la actividad internacionalizada de fabricación y consumo exige un nivel de coordinación, que el mercado no puede brindar. La competencia nacional se ha

vuelto un anacronismo, desde el momento que la rivalidad por venta de los productos choca la cooperación prevaleciente en su producción.

Mientras la socialización integra objetivamente al trabajo en una actividad internacionalmente centralizada, la competencia fractura esta organización. Solo la planificación puede desenvolver positivamente la internacionalización productiva, evitando que la competencia neutralice los beneficios económicos y sociales de esta mundialización. La idea de "ganar la batalla de las nuevas tecnologías de la información", o "no retrasarse en la carrera tecnológica" son principios obsoletos; resabios de una época en que el progreso suponía la competencia entre países. El aspecto más dramático de esta competencia ruinosa es la participación forzada de varias decenas de países atrasados en una rivalidad tecnológica, en la que no tienen arte ni parte. Mientras las clases dominantes de América Latina, Asia, y África, reclaman no "perder el tren de la informatización", sus países son convertidos en campos de batalla de las corporaciones, que buscan mercados cautivos, proveedores de insumos básicos, y deudores sometidos.

Tan inconcebible como un gobierno mundial bajo el capitalismo fue la contrapropuesta de "construir el socialismo en un solo país", que prevaleció en la Unión Soviética. En el capitalismo del siglo XX ninguna nación puede aislarse del mercado mundial, cualquiera sea la magnitud de sus recursos naturales y humanos. La economía constituye una unidad internacional, que imposibilita la edificación autárquica del socialismo, a escala de una nación o un bloque. Por eso, la estrategia de desenvolvimiento del socialismo en una "competencia entre los dos sistemas" estaba destinada al fracaso. Pudo sobreponerse limitadamente en el mercado mundial fragmentado de los años 30, y en su prolongación de la pos-guerra. Pero la internacionalización de los 70 y 80, no tardó en precipitar la implosión interior de los regímenes que apostaron al socialismo autárquico.

Todas las aberraciones del stalinismo en el campo de la ciencia y la tecnología surgieron de esta apuesta aislacionista. La ambición por ejemplo de edificar una "ciencia socialista" o una "tecnología proletaria" fue un subproducto de la fantasía autárquica. La burocracia pretendió primero clasificar socialmente formas universales del progreso humano, para forzar luego un desenvolvimiento científico-técnico desconectado de los patrones internacionales. A contramano de la internacionalización, la casta gobernante desechó durante un largo período el aprovechamiento de las relaciones ventajosas con el mercado mundial para el desenvolvimiento de las prioridades industriales. Cuando el estancamiento impuso un giro, la misma burocracia optó por la reintegración dependiente y semicolonial al mercado mundial.

REALIDAD Y UTOPIA.

Es posible derivar de las pautas que guiarían la estructuración de una sociedad pos-capitalista, las características que asumiría el cambio tecnológico. El esquema que presenta Mandel sirve para enunciar estos rasgos, porque parte de una delimitación total de la planificación burocrática totalitaria.

La premisa política de una auto-administración socialista y democrática es la creciente extensión de formas de auto-gobierno de los trabajadores, basadas en la reducción del papel de los funcionarios, y el avance en el proceso de extinción del estado. La planificación supone erigir las modalidades de democracia directa, ensayadas en la Comuna de París, en los Soviets, y en otras experiencias de Asambleas Populares. Presupone la vigencia de normas de elegibilidad, revocabilidad, y pluripartidismo. El ejercicio de esta soberanía popular exigiría actualmente el libre acceso a los medios de difusión, la elección de sus

autoridades, y su gratuidad. La planificación también requiere elegibilidad en todas las áreas ejecutivas del estado: justicia, defensa, información pública, educación.

Este sistema de auto-administración brindaría los fundamentos para deliberar, y decidir democráticamente, como se asignan los recursos, cuales son las prioridades de la inversión, el consumo, o el ahorro. Mandel propone por ejemplo, que en congresos populares periódicos se resuelva: la carga promedio de trabajo necesaria para asegurar las necesidades prioritarias gratuitas, garantizar los recursos destinados al crecimiento económico, y permitir la disponibilidad de los bienes y servicios no esenciales. Serían decisiones adoptadas por cuerpos auto-gobernados, que utilizarían la publicidad, los medios de comunicación, o el referéndum, para la dirimir entre los programas alternativos.

Obviamente la auto-administración no significa que todos deciden todo, ni que desaparecen los sistemas de delegación. Solo plantea que las resoluciones centrales del proceso económico son colectivamente asumidas, a través de la plataforma aprobada por la mayoría. Esta facultad que en el capitalismo es monopolizada por la clase dominante, pasaría a manos del conjunto de la población. Las prioridades del cambio tecnológico se integrarían a estos mandatos, que implican optar por la magnitud del esfuerzo que se invertirá en el logro de distintos tipos de satisfacciones. Esta elección permitiría reemplazar la explotación comercial, por el uso social de las innovaciones.

Las premisas económicas de la planificación socialista están actualmente posibilitadas, por el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Una redistribución general de ingresos, surgida de la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, aseguraría la satisfacción de las necesidades básicas. En estas condiciones, las nuevas tecnologías de la información permitirían un excepcional incremento de la participación popular en la toma de decisiones. El cambio tecnológico sería en más previsible, y contribuiría a transparentar la vida económica.

La premisa social de la planificación es un mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores, simultáneo al aumento de la producción. La gestión colectiva requiere mayor tiempo disponible, para que la población se instruya y desenvuelva tareas de autogobierno. La reducción radical de la jornada de trabajo es una condición de este proceso. El socialismo busca revolucionar la forma de existencia de los individuos para forjar un "hombre nuevo", sustituyendo el personalismo egoísta por el espíritu colectivista. Este cambio repercutiría en la innovación, desalentando el incentivo pecuniario, en favor de la motivación cooperativa.

A los defensores de este programa se nos acusa de "utópicos". Pero en general, quienes actualmente consideran que esta transformación es impracticable, aceptaban hasta hace muy pocos años su viabilidad. Este giro obedece a la experiencia stalinista aún no asimilada, y al fracaso de la ex URSS, que ha shockeado a un sector mayoritario de la intelectualidad, empujándola al conformismo y a la defensa del "status quo". Cuando se sobrepongan de este impacto, y puedan distinguir entre la planificación democrática y su parodia totalitaria, también observarán que el capitalismo postula metas mucho más irrealizables que el socialismo. La economía de mercado no se aproxima a cumplir -ni remotamente- con los objetivos de racionalidad, optimización, y bienestar, que pregona. Cualquiera propósito emancipatorio del socialismo es más alcanzable que eliminar dentro del capitalismo, la pobreza, la desocupación, o la explotación.

Pero oponer pragmáticamente "lo posible a lo imposible" no ayuda a resolver ningún problema de la vida social. La lucha por la planificación democrática y socialista surge de la necesidad objetiva de encontrar una salida a los padecimientos que impone el capital. El

socialismo no es propósito más "utópico", que la batalla librada en el pasado contra la esclavitud, la servidumbre, o la opresión racial. Muchas utopías han servido de motor al progreso de la civilización. Pero la planificación presenta la ventaja de ser un objetivo no solo deseable, sino también posible y realizable.

Globalizacáo e socialismo. Xamá Editoria, Sao Paulo, 1997